

UN TESTIGO DE LA TRAGEDIA ESPAÑOLA NOS RELATA SUS IMPRESIONES

HABLA DON LUIS ENRIQUE DELANO, QUE REGRESA DE ESPAÑA Y ESTABA EN MADRID CUANDO ESTALLO LA REVOLUCION.

LUIS Enrique Délano, periodista chileno, regresa de España después de haber permanecido en ella alrededor de tres años. Una conversación con este testigo presencial de los actuales acontecimientos españoles tiene superlativo interés. Lo entrevistamos, y he aquí una síntesis de nuestra charla:

—¿Qué fué a hacer usted a España y cuáles fueron sus primeras impresiones en aquel país?

—Fui a España con una beca del Gobierno español ofrecida, por concurso, a periodistas chilenos. Como no hay en Madrid una cátedra especial de periodismo, me concreté a participar en la actividad periodística española y seguí diversos cursos universitarios, tales como Historia del Arte, Introducción a la Filosofía, Literatura Española clásica y moderna, el Romanticismo, sobre Góngora, Lope de Vega, etc. Tuve como profesores a grandes figuras de la intelectualidad española, como Pedro Salinas, José Montecinos, Andrés Ovejero y otros.

Aparte de esto, serví dos años como canciller del Consulado en Madrid, primero bajo la jefatura de Gabriela Mistral y luego de Pablo Neruda. Publiqué artículos y trabajos de información sobre Chile en numerosos órganos de la prensa española.

La impresión que recibí de España, desde el primer instante, fué sumamente halagadora y simpática. España es un país al que se ama desde que se le ve. Aparte de la acogida que a todos dispensa, llena de generosidad y de afecto, tiene España un encanto insuperable. Madrid, antes de la guerra civil, era una de las ciudades más gratas y sanamente alegres que pueden imaginarse. Era una ciudad confortable y moderna y en la cual perduraban la gracia

y la apacible seducción de las ciudades antiguas. De sus habitantes me limitaré a decir que es la gente más noble y cariñosa que cabe soñar. El encanto de Madrid se hace patente hasta en el nombre de muchas de sus calles. Hay una Calle del Pez, una Calle del Deseño, una Calle de la Luna y una Plaza de la Cruz Verde. Mi chico nació en la Calle de la Fuente del Berro.

La vida intelectual de España a la fecha de mi llegada y hasta el momento de estallar la revolución era intensa y atraía, como lo han demostrado las apreciaciones de Keyserling, las miradas de Europa.

—¿Cómo se manifestó Madrid ante el estallido de la guerra civil?

—Madrid no perdió su jovialidad hasta muy avanzada la guerra. Restablecida la calma tras el pronunciamiento de las fuerzas destacadas en la capital, Madrid siguió viviendo en un estado de casi completa normalidad, aunque siguiendo ansiosamente los comunicados sobre la marcha de las operaciones que se desarrollaban a la distancia.

Este estado de espíritu no sufrió ningún cambio al comenzar los primeros bombardeos. El pueblo observaba y comentaba las primeras incursiones de aeroplanos alegremente, casi con frivolidad. Recuerdo que durante varios días estuvo apareciendo sobre Madrid un avión rebelde, que lanzaba bombas, más o menos a la misma hora en que salen los vendedores ambulantes a vender churros. Pues a ese avión, el pueblo lo bautizó con el pintoresco nombre de "El churrero".

Las cosas cambiaron trágicamente cuando los bombardeos se hicieron en gran escala y barrios enteros empezaron a ser destruidos por las explosiones y los incendios. Entonces tomaronse

precauciones indispensables y la ciudad se ensombreció dolorosamente. Apenas se oía el ruido característico de los aeroplanos, la gente corría hacia los sótanos y a guarecerse en las estaciones del ferrocarril subterráneo. Prácticamente, muchas familias con sus hogares destruidos pasaron a vivir en un rincón de aquellas estaciones. Sin embargo, una bomba penetró cierta vez hasta el interior de la estación situada en la Puerta del Sol y construida a escasa profundidad. Fué una horrenda catástrofe.

—¿Puede recordar la impresión de uno de los bombardeos nocturnos que usted presencié?

—Sí. La ciudad está a oscuras, por precaución. De pronto corren por las calles motocicletas que van dando la alarma con bocinas. Los comités de vigilancia, formados por los propios vecinos, acuden a cada casa y ayudan a poner en salvo a los niños, a las mujeres, a los ancianos. Brigadas de bomberos y de milicianos voluntarios salen, premunidos de palas, picos, escaleras, a prestar los servicios que sean necesarios en cualquier sitio donde estalle una bomba: excavar derrumbes, sofocar incendios, etc.

Pronto se oyen las primeras explosiones. Son las bombas que caen y que, hasta que yo salí de Madrid, habían destruido casi la tercera parte de la ciudad. Los carros de los bomberos corren en las direcciones amagadas. Entre tanto la gente, en los sótanos y en las estaciones del Metro, aguarda con caras trágicas, mudos de espanto los niños, anhelantes las mujeres, las noticias de las desgracias producidas. Pasado el bombardeo, salen todos en desesperada confusión, con el sentimiento de haber escapado de la muerte, pero con la ansiedad de saber la suerte

te de sus deudos y de sus hogares.

—¿Cuál es el aspecto de Madrid ahora?

—Indescriptible, por su horror y su tristeza. Al espectáculo de las devastaciones se une un silencio mortal. Casi no hay circulación en las calles. Sólo pasan algunos camiones; no hay cines; muy pocos cafés están abiertos y permanecen casi vacíos. Los tranvías han disminuido y van siempre atestados. Por la noche no se enciende luz y no se permite que de casa alguna salga al exterior ni un reflejo. En las calles oscuras se reúnen los vecinos frente a las casas que tienen radio, para oír en sepulcral silencio las noticias transmitidas acerca de la guerra. En el día se ven junto a los almacenes largas colas en espera de artículos de consumo, que se adquieren racionadamente y sólo pueden retirarse acompañando una tarjeta. Estas cosas empiezan a formarse a las 5 de la mañana, aun cuando la venta comienza a las 9. Debo advertir que los extranjeros han disfrutado de consideraciones especiales, pues se les da preferencia, y hay para ellos almacenes especiales que atienden mediante tarjetas controladas por los respectivos consulados. Una observación más: a pesar de todos sus contratiempos, Madrid ha sabido mantenerse en un estado de limpieza admirable. Esto ha contribuido, sin duda, a que no se presentasen epidemias.

Hay escasez de muchos artículos, aunque ninguno falta todavía. Al principio de la revolución, la gente, con su generosidad tan española, empezó a mandar al frente, en obsequio de los milicianos que combatían, las galinitas de sus corra-



—¿Cuál es el aspecto de Madrid ahora? —Indescriptible, por su horror y su tristeza — nos responde Luis Enrique Delam.

les. El resultado fué que pronto Madrid se quedó sin aves, y la producción de huevos desapareció por completo. Las autoridades debieron hacer una campaña para inducir a la gente a que no matase sus aves. Lo mismo se ha hecho respecto de las vacas, a fin de proteger la producción de leche.

Y, asómbrense ustedes, hay pueblecitos españoles donde no se ha conocido la guerra y sólo se tienen de ella las noticias. A mi regreso, pasé por algunos de ellos.

—¿Qué nos puede decir acerca de relaciones entre chilenos y españoles?

—Los españoles tienen, y siempre han tenido, una calurosa acogida para los chilenos. Muchos compatriotas nuestros han encontrado en España un espléndido hogar. A nuestro poeta Pablo Neruda se le ha distinguido allá en forma especialísima, situándosele como uno de los grandes valores poéticos de la actualidad, al lado de

García Lorca y de Alberti. Neruda ha ejercido notable influencia sobre la generación de poetas españoles posterior a Alberti.

El chileno Isaías fué también objeto de admiración y simpatía. El decoró muchos salones y sitios de acceso público de Madrid.

Otro chileno particularmente querido en España es Acario Cotapos, quien dió hace meses un concierto, obra suya basada en una creación teatral de O'Neill. Acario Cotapos está hoy incorporado a las milicias.

Una figura chilena que interesa a los españoles es la de Balmaceda. Poco antes de estallar la guerra civil, me puse a escribir una biografía del Presidente por encargo de una editorial de Madrid. El estallido revolucionario puso prematuro fin a esta iniciativa.

Esto es cuanto puedo decirles, correspondiendo a los deseos de ustedes.